

Agradezco mucho a la Universidad de Mendoza el honor que me hace al confiarme la presentación del libro:

ICONOS LATINOAMERICANOS. Nueve mitos del populismo del siglo XX.

de Inger Enkvist

Abelardo Pithod
CONICET

Esta obra de la Dra. Inger Enkvist que paso a comentar es de lo mejor que he leído en mucho tiempo. Se dirá que la comparación sería verdaderamente laudatoria si yo hubiera leído mucho y de calidad. He leído bastante y algunas cosas muy buenas, pero este libro es un fuera de serie. Original, inteligente, curioso y gentil con el lector, pues resulta verdaderamente atrapante.

Se trata, si queremos, de una obra de psicología social, pero no sólo. Es también una antropología cultural. Mediante la presentación de figuras emblemáticas agudamente radiografiadas, la autora nos permite entrever sus respectivas colectividades, culturas y mentalidades. Desfilan ídolos latinoamericanos con proyección internacional: Gardel, Eva Perón, Frida Kahlo, Fidel Castro, el Che Guevara, Gabriel García Márquez, Diego Armando Maradona, Roberta Menchú y el narco colombiano Pablo Escobar. «El propósito general de este libro es profundizar en el conocimiento de lo que se admira y de cómo se piensa en América Latina», señala la Dra. Enkvist y agrega: «Estos personajes icónicos han sido creados y lanzados al mundo por América Latina».

Los extranjeros inteligentes que hablan de gente de otro país ven cosas que los

vernáculos podemos no haber visto, o ya no verlas por costumbramiento. La autora, en sus estudios sobre Evita (colateralmente sobre Perón), sobre Gardel, Maradona y el Che dice mucho, quizá sin habérselo propuesto, de los argentinos en general, particularmente de los rioplatenses.

La óptica y el método utilizados recogen una tradición ilustre en psicología. Como si continuaran la línea de la clásica psicología de las mentalidades, yo no pude menos que asociarlos con los trabajos de Carlota Bühler, durante el primer tercio del Siglo XX. Este amplio ángulo de visión ha permitido a Enkvist parangonar personajes tan alejados en el tiempo y en el contexto socio-histórico como Gardel y Maradona. Ambos son íconos argentinos, ambos alcanzaron el culmen de la gloria. El primero fue un narcisista y el otro probablemente lo siga siendo. Maradona se cree Dios. Gardel fue endiosado en vida y alcanzó la gloria con una muerte trágica y oportuna, pues su voz se debilitaba. Ambos son hijos de nadie. La autora señala que ni siquiera se sabe bien por qué Maradona se llama así. Algo parecido pasa con Gardel. Por lo demás también Evita y Perón, los dos hijos naturales, fueron, en distintos sentidos, hijos de nadie. Lo

sugestivo es que estas circunstancias similares parecen haber producido similares efectos en la psicología de todos ellos y como consecuencia en sus vidas. Y hay otra característica común: exceptuando a Perón, todos son de un bajo nivel cultural unido a un enorme talento natural. Esta dialéctica fue decisiva en sus vidas.

De los 9 Iconos que presenta el libro, 4 son argentinos. Esta abundancia de connacionales, ¿significa algo respecto de nuestra idiosincracia? Es más que probable. Pero esta pregunta solo la puede responder la Dra. Enkvist.

En esta presentación voy a ocuparme solo de los íconos argentinos en los que se detiene la autora. Antes de hacerlo permítanme una digresión que, aunque no lo parezca, viene a cuento.

Recientemente han aparecido dos estudios del mendocino Enrique Díaz Araujo. La Dra. Enkvist se ocupa de Fidel Castro y del Che Guevara; Díaz Araujo de la guerrilla latinoamericana, y, por lo tanto, de ambos personajes. Las obras de Díaz Araujo se titulan: *La guerrilla en sus libros* y *Ernesto Guevara de la Serna, aristócrata, aventurero y comunista*. El primero prueba el origen cubano de todos los movimientos guerrilleros en América Latina, lo que eleva la figura de Fidel a un primerísimo plano y prueba por qué es una estrella mayor en la constelación de íconos de la izquierda universal. Y ahora se verá por qué mi interés de traerlos a colación aquí: Díaz Araujo, en la primera obra, transcribe (p. 62) el *mea culpa* de un guerrillero arrepentido, el filósofo Oscar del Barco, *mea culpa* único y solitario, pues ningún otro guerrillero se ha expresado en ese sentido. Del Barco insta a gente como Juan Gelman y Beatriz Sarlo

a reconocer su culpabilidad en los años de plomo, y hacer un acto de contrición. Este acto no se ha producido ni parece que se vaya a producir, y a pesar de eso Sarlo seguirá siendo colaboradora del diario liberal La Nación, de Buenos Aires. Me permito mencionar esto para resaltar un hecho lamentable, de diversas maneras señalado por la Dra. Enkvist en su trabajo, y es la ceguera de los bienpensantes que no quieren ver enemigos a la izquierda. El periódico francés de extraordinaria penetración en Latinoamérica, *Le Monde Diplomatique*, es un ejemplo flagrante y escandaloso de la penetración de la izquierda proveniente de Europa y sus simpatías por los movimientos revolucionarios de nuestro continente. Recordemos que la social-democracia española reverenció a la mismísima Hebe de Bonafini, personaje más que sospechoso, por cierto, hasta que la dama se pronunció a favor de la guerrilla independentista vasca Eta. Esto en Europa. Entre nosotros la rehabilitación de la guerrilla ha sido posible gracias al poder kichnerista y a su ideología setentista. Se han resucitado y han sido honrados con cargos y prebendas varios guerrilleros, tales Horacio Verbisky, Patricia Vaca Narvaja, Carlos Kunkel, Nidia Garré, Jorge Taiana, Eduardo Luis Duhalde y otros ex miembros de aquella «juventud maravillosa» de la que hablaba Perón en los 70, por cierto mientras le convino. Esta juventud ya madura, al menos en edad, campea a sus anchas, y ha alcanzado el ansiado poder. Ninguno de estos personajes con antecedentes sangrientos ha dado signos de arrepentimiento, y mucho menos de reparación, por el enorme daño que hicieron al país y los dolores que le

causaron. Cierro la digresión, que no pude resistirme a hacer, y sigo con la obra de nuestra distinguida visitante.

Psicología, ideología y vida en los iconos

La obra de Enkvist analiza lúcidamente el entramado entre psicología (o mentalidad), ideología y vida en los íconos del populismo latinoamericano. «Todos los iconos -dice Enkvist- construyen conscientemente un ‘personaje’, una imagen pública, y se establece una distancia entre esa imagen pública y la vida real de la persona en cuestión, brecha que en algunos casos es llamativa». Los iconos de origen humilde que se han elevado a posiciones expectantes aluden siempre a sus comienzos en la pobreza, pero viven en el lujo. La «abanderada de los descamisados», Evita, fue un buen ejemplo de esta dualidad.

También señala la autora la precocidad de los iconos, de modo que todavía jóvenes ya han construido su pedestal. Evita, después de una carrera meteórica, muere a los 33 años. Recuerdo vivamente que siendo las 20.25 del 26 de junio de 1952, siendo yo estudiante en la vieja Córdoba, debí interrumpir mis preparativos de salida nocturna de sábado, porque la radio anunciaba al país que, a esa hora, Eva Perón «había pasado a la inmortalidad». Un poeta mendocino al que yo apreciaba mucho, peronista por entonces, escribió unos versos ante el acontecimiento, que comenzaban «Eva Perón ha muerto. Preguntádselo a los niños». En un verso concentrado el mito. La «jefa espiritual de la Nación» había muerto, según lo declaraba el locutor de la cadena oficial de radio, sin saber él ni nosotros que su anuncio sería verdadero. Eva había pasado

a una cierta inmortalidad que, de alguna manera, perdura.

El pequeño dios Diego Armando Maradona

El caso Maradona es también emblemático y la Dra. Enkvist se ocupa detenidamente de él. Dice que el gran enigma de este icono está en su propia mente. No terminó la escuela primaria y a esa edad era ya un niño prodigio del fútbol. A los 16 años jugaba en primera división y a los 17 se discutía si se lo incorporaba o no a la selección nacional. Fue un éxito prematuro que afianzó sus defectos, a lo que contribuyó la prensa, con títulos como: «Maradona es Gardel». Los dos mitos icónicos juntos.

Maradona fue siempre un impulsivo, anota nuestra autora: «siempre ha sido absolutamente impredecible, tanto en su vida personal como en la profesional». Impulsividad y megalomanía lo llevan a cometer graves errores. En plena guerra de Malvinas no encontró nada mejor que aceptar su pase al Barcelona, mediante un fabuloso contrato que dio origen a una nueva divisa, el «maradólar», sin preocuparse de la suerte de su país en esa contienda. Otros ídolos como Fangio, Favalaro o Landriscina se comprometieron a fondo en la emergencia a pesar de los puntos oscuros de esa acción militar.

El pase de Maradona al Barça marca el punto de inflexión de un ídolo de 20 años, y el comienzo de una vida desordenada de juergas y droga. Estaba rodeado de gente mediocre que lo parasitaba y adulaba. Pero en Barcelona encontró también el primer gran fracaso. De ser el «pibe de oro» pasa a ser, para el público, un «sudaca». Pero Maradona jamás aprendió de sus fracasos

y por eso jamás maduró. Siguió siendo el chico caprichoso, que no se sometía a ninguna disciplina y que iba perdiendo prestigio a pesar de su habilidad futbolística. Maradona no rinde lo que se esperaba de él. Cuando no está sin entrenar (habitual en él), está lesionado, o enfermo. Un jugador vasco le rompió un tobillo, probablemente a propósito. Así las cosas, no jugó la mitad de los partidos durante su estancia en el Barça. Era una inmensa inversión no redituable para el Club.

La pintura que hace la Dra. Enkvist es estupenda. No solo retrata a Maradona sino al fútbol de hoy, al fútbol-espectáculo, que Umberto Eco llamó el deporte cháchara, el deporte hablado no practicado, la cháchara de la cháchara.

Su pase al Nápoles le brindó otro período de gloria. Volvieron a idolatrarlo, particularmente cuando su aporte permitió al club ganar el campeonato de la liga. Pero pronto dilapidó todo esto y empezó a agredir a todo el que no hiciera lo que él quería y sobre todo al que lo criticara. Cuando el *Observatore Romano* lo criticó, él no encontró nada mejor que criticar al Papa. Después de contribuir a que Italia fuera eliminada del Mundial de Fútbol que se realizó en 1990 en Italia (Maradona jugó para la Argentina), en una visita que hice por entonces a ese país, constaté el enojo italiano contra el astro argentino. Pude ver en negocios de la Plaza de San Pedro carteles que decían: «Diego è morto».

Cuando es suspendido y multado por consumo de drogas, el ex presidente Menem envía una carta de cinco páginas intercediendo por él, cosa nunca vista en la FIFA, que presidía el brasileño Havelange. Y hablando de brasileños, si

se compara la estatura moral de otro ícono del fútbol, Pelé, y nuestro Maradona, la diferencia a favor del primero es impresionante. Ambos hijos de la calle, Pelé aparece como un ejemplo de humildad y sensatez. El argentino, al contrario, es un concentrado de soberbia, indisciplina e infantilismo. Pese a todo, los dirigentes del fútbol argentino insisten en depositarle confianza y lo convierten ahora en director del equipo nacional de fútbol. Esos mismos directivos, Grondona al frente, ahora quieren endosarnos a los contribuyentes -vía Kirchner- 500 ó 600 millones para seguir con su circo cuando a millones de argentinos les falta pan.

Como se ve, el problema no es solo Maradona. Es el contexto social que engendra maradonas. Uno no puede dejar de comparar la seriedad que en todo va demostrando Brasil últimamente, Pelé como ícono, con la pertinaz fatuidad y fracaso argentino.

«El psicoanalista argentino Bernstein estudia al futbolista, comentando que 'Maradona es nuestro referente... Argentina es Maradona, Maradona es Argentina». Recordando el gol con la mano que le hizo a los ingleses («la mano de Dios», según el astro), Bernstein subraya que se cometió una infracción y que ésta fue canonizada y que toda protesta fue considerada (por los argentinos) como una conspiración antiargentina. El segundo gol de aquel memorable encuentro con los ingleses fue el mejor de la historia del fútbol, dice Bernstein, y el primero venció en la categoría de la mejor trampa.

En la comparación que hace la Dra. Enkvist entre Pelé y Maradona, se señala: «La cordura y la generosidad de Pelé

contrastan con la actuación de Maradona. En 1990 se organizó en Milán un agasajo a Pelé por sus cincuenta años. Maradona, que había comprometido su presencia, no apareció ni se disculpó. Pelé, a diferencia del argentino, que proclamó que él no quería ser ejemplo para nadie, tuvo una clara conciencia de su responsabilidad ejemplar. Como solo tenía la escuela primaria se empeñó en estudiar y no solo hizo el secundario sino que obtuvo un título terciario, el de profesor de educación física. «La autobiografía de Pelé -concluye la Dra. Enkvist- da la impresión de que el autor no lo dice todo y que da una versión benévola de todo y de todos. Y apenas menciona a Maradona».

Evita

Pasemos a la visión que tiene la autora de un icono arquetípicamente argentino, Eva Perón. Esta mujer, que vivió tan pocos años, ocupó y ocupa en el imaginario nacional y después en el universal un lugar de privilegio. Hasta tuvo la suerte de que un artista de talento, Alfred Lloyd Weber, la popularizara aún más, si cabe, con la canción *Don't cry for me, Argentina*, cantada por artistas exitosos. Evita fue odiada por la burguesía e idolatrada por sus «descamisados» o «cabecitas negras». Sea cual sea la opinión que Evita nos merezca, Perón, al que ella adoraba, no la merecía. Pocos años después de su dramática muerte, él mostró lo peor de su calaña, entre otras cosas su afición por chicas púberes de 12 ó 13 años. A una de ellas se la llevó a vivir al palacio Unzué, mansión donde residía como Presidente y que la furia antiperonista de los «gorilas» hizo, después de la Revolución Libertadora, que fuera estúpidamente

destruida. La furia autodestructiva que también nos caracteriza.

A quienes vivimos aquellos años no se nos escapa que Eva fue una mujer tremenda, una fanática temible, de una ambición y una voluntad superior incluso a sus fuerzas físicas. No obstante, hasta los más recalcitrantes antiperonistas debemos reconocer que su vida y su talento la convirtieron merecidamente en un icono, sin que esto valga convalidarla ni política ni moralmente.

Enkvist analiza las causas de su extraordinario éxito y su conversión en un icono que ha adquirido universalidad. Siguiendo un estudio de la argentina Susana Rosano, señala como primer factor *la sentimentalidad*. El sentimentalismo es algo muy argentino, particularmente porteño (el tango es llorón); no es de extrañar que la sentimentalidad haya sido la *via regia* por la que el icono Evita penetró hondamente. Además, había un ámbito de la vida nacional, la política, que no había sido penetrado aún por él, y esta tarea la cumplió Eva. «Con Evita entra un nuevo factor a la política y es la importancia del impulso, el tono, el afecto y la relación. No se distingue entre sentimiento y pensamiento», dice Enkvist.

Me voy a permitir dos observaciones, una puramente formal. La edición española de la obra que presentamos habla de la Fundación de Beneficencia. El nombre real fue Sociedad de Beneficencia. El peronismo la denominó después Fundación Eva Perón. Más allá de esta observación haría otra: cuando en el texto se dice que Eva «no habla más que del pueblo, pero su marido fue un militar golpista», me atrevería a hacer una precisión. Perón fue golpista en 1943 y se convirtió luego en el cerebro y hombre

fuerte de la Revolución que había quebrado el proceso institucional. Pero más tarde alcanzó el poder por sufragio universal y sin que los testigos pudieran señalar formalmente fraude. Sugerimos también otra precisión referente a un juicio del socialista Ghioldi, citado por nuestra autora, referente al entierro de Eva, el «más costoso de la mujer más cara de la historia y del mundo». «¿Esto en un régimen que se desvive por los humildes?», se pregunta la Dra. Enkvist. Me quedé pensando que ambas cosas no son tan contradictorias como aparecen. Evita se desvivió por sus humildes y el certero instinto de estos fue absolutamente mayoritario en reconocerlo, y por eso la veneraron y hasta la santificaron, sentimientos que aún no han muerto del todo. Aunque suene extraño a los europeos, son los «descamisados», los obreros y el lumpen, los que la querían y veneraban así, cubierta de lujo, luciendo costosísimas joyas, como una reina. Era su reina, su icono, ellos la querían así engalanada. Para satisfacción de Eva coincidían el pueblo peronista y sus personales fantasías megalómanas. Y ya que hablo para intelectuales tengo la tentación de preguntarme, ¿es este culto irracional? Sí y no. Vistas las cosas desde hoy, ya no estoy tan seguro. Confieso que he tenido un cambio de perspectiva respecto de lo racional y lo irracional, o no-racional. Me han empujado a este cambio los análisis del sociólogo francés y querido amigo que alguna vez tuvimos por Mendoza, Raymond Boudon. Éste es un racionalista, como que su método sociológico es un racionalismo metodológico o individualismo metodológico. Toda acción social, hasta la más absurda en apariencia, tienen una racionalidad. Las

explicaciones irracionales no la explican convenientemente. Boudon se pregunta si los ritos del brujo de la tribu para hacer llover son irracionales y se responde, que, en realidad, no, que su conducta tiene su racionalidad, su lógica. ¿Qué otra cosa puede hacer el pobre hombre más que danzar y gritar hasta caer exhausto, imprecando al cielo que llueva? Seguramente si muchas veces no logró hacer llover, podemos estar seguros de que otras sí habrá llovido, no por los conjuros del brujo sino por el ciclo meteorológico. El brujo razonablemente no cejó hasta que finalmente llovió. Apuremos el análisis y veremos que no es tan fácil descalificar una conducta por irracional.

Que los franceses, gente racionalista si la hay, y sus librepensadores veneren a Rousseau, sujeto irracional si lo hubo, no parece muy racional. Por mi parte, abstracción hecha del arte literario de este señor, ¿no padecía el señor Rousseau de un sentimentalismo enfermizo? No veo que el obrero peronista que venera a Eva se porte más irracionalmente que los admiradores de Rousseau.

Quien hace esta observación no es precisamente un peronista. Jamás lo fui. Por eso alerta sobre el sesgo eurocentrista que pueden cargar algunos estereotipos sobre la mentalidad de los latinoamericanos.

Volvamos a Evita. Como dijimos, gracias en parte a su acción se dio la emergencia al primer plano político argentino de los «cabecitas negras»¹. Consideremos cómo se dio esto. Según Rosano, Evita «se

¹ Rosano, Susana (2006). *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación*. Rosario: Beatriz Viterbo, pp. 13-15.

apropia» de la voz masculina de su marido, y aunque no diga nada distinto que él, su mensaje suena diferente. Solía presentarse como el puente de amor entre Perón y el pueblo y, para las mujeres, era una presencia femenina en una sociedad machista. Para otros, por su origen, significaba la revancha contra la sociedad burguesa².

Para el estudioso mexicano Martín-Barbero, con Evita el melodrama entra en América Latina en el nivel político, y lleva a este terreno el sentimiento como base de la visión del mundo³. Con Evita, la política se hace «performance» (no veo claro el sentido de esta palabra aquí) y el límite entre realidad y ficción se borra. Señala el estudioso que el asistencialismo peronista no era tan diferente del promocionado en los concursos televisivos de hoy; algunos «ganadores» reciben premios cuantiosos, se declaran felices y adquieren fama, son visibles durante algunos segundos. La innovación del peronismo es la mezcla del estrellato mediático con la política. El deslumbramiento producido por el *glamour* y la identificación con la estrella y su vida se rentabilizan en forma de votos en las elecciones. El Estado rivaliza con la cultura y lanza desde el poder imágenes fáciles de entender, claras y fuertes.

Continúa Enkvist diciendo que en el caso de Evita, cabría hablar también de una erotización de la política. Seduce por la belleza, la ropa lujosa, la omnipresencia de sus fotos y su propia historia; todo junto ejerce fascinación y seducción. La autora

añade que por su enfermedad y su muerte se puede hablar de una fascinación morbosa o perversa. Por fin, señala agudamente que en la historia de Evita tenemos todos los ingredientes de cuentos tradicionales como la Cenicienta, Blancanieves y la Bella Durmiente, combinados con elementos recogidos en la iconografía y el martirologio cristiano.

Continúa diciendo que algo típico de la iconicidad es la proliferación de los documentos, y también el hecho de que encierren muchas interpretaciones, diversos sentidos, porque los iconos son utilizados en muchos contextos. Por eso, si en un icono hay «un vacío», ello es positivo, porque es más fácil llenarlo con el contenido que interese.

Otra observación sugestiva de Enkvist es la referente a la novedad del peronismo al crear un estilo nuevo, un lenguaje nuevo. Es difícil para los movimientos políticos que quieren basarse en un análisis de la situación competir con el *glamour* y el sentimiento.

Para ilustrar esta situación la autora recuerda que Perón cambió de posición constantemente: redefinió a sus adversarios según su conveniencia, «seducía» infaliblemente a las visitas, porque a todos les decía lo que querían oír y siempre con una sonrisa. Para mí es aún un recuerdo vivo el que Perón hiciera la pantomima de consultar a varios dirigentes mendocinos, incluso extrapartidarios, sobre el candidato por proponer como gobernador de Mendoza para el segundo período constitucional del peronismo, a partir de 1952. A uno de ellos ni siquiera le sacó el tema, simplemente conversó con él de bueyes perdidos. Una de sus habituales picardías.

² *Ibid.*, pp. 15-19.

³ Carretón, Manuel Antonio y Martín-Barbero, Jesús (2003). *El espacio cultural Latinoamericano: bases para una política cultura de integración*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, p. 20.

Enkvist dice que, como icono, Eva tuvo la suerte de pertenecer a la época de la radio y de la cámara. En su actuación política, lo esencial fue su relación con el público, y para esto la foto o la voz valen tanto como el discurso en sí. Si un movimiento político puede resumirse en la cara de una mujer joven y bonita, ¿puede ser opresor? ¿qué mejor propaganda que la historia personal de Eva? La historia de esta mujer es tan perfecta que cualquier crítica a ella se rechaza de entrada. La autora señala, asimismo, que, curiosamente, lo ambiguo u oscuro de su historia le añade atractivo, en vez de descalificarla. Para algunos era santa y para otros prostituta. Para algunos es valiente cuando protesta contra la Sociedad de Beneficencia de las clases altas y, para otros, copia el concepto para su propia fundación, es decir, sólo es una envidiosa. Es conocido su amor por los niños, pero se sabe que es probable que se sometiera a un aborto. No habla más que del pueblo, pero su marido fue un militar golpista (ya hicimos alguna precisión al respecto). Pocos subrayan su desprecio por la cultura, la educación y la universidad (los memoriosos recordarán lo de «alpargatas sí, libros no»). Enkvist señala cómo no se habla de su responsabilidad en la destrucción del Estado de Derecho a manos de Perón.

Señala también nuestra invitada que la película de Alan Parker sobre Evita, protagonizada por Madonna, podría ser coherente con el fenómeno Evita en un nivel profundo. Coloca al espectador en una posición de «voyeur», porque la atención se centra en el cuerpo de Evita y el *glamour* del personaje. Es decir, la película ejerce una seducción similar a la

que la protagonista tuvo en el campo político. Para resumir: los que están a favor de Evita no admiran tanto su ideas como la admiran a ella. Están enamorados, seducidos; se trata de un sentimiento y no de un análisis de hechos.

Con esto hemos intentado sintetizar el riquísimo contenido iconográfico de la obra de la Dra. Enkvist, con especial referencia a personajes argentinos. Pero el lector se encontrará con otros análisis igualmente ricos y, no es exagerado decir, sorprendentes. Desfilan desde Fidel Castro y el Che a Frida Kahlo y García Márquez. Desearía que esta presentación lacunaria estimule la lectura de una obra imperdible. Vale la pena que dejemos que el ojo penetrante de la autora nos vaya mostrando a través de iconos nacionales y latinoamericanos, aspectos muy relevantes de cómo somos y de cómo nos ven. Es muy difícil conocerse como colectivo, tanto o más que como lo es conocerse individualmente. Aquí se nos muestra qué somos a través de lo que admiramos.

Le debemos dar muy sinceramente las gracias a la Dra. Enkvist por tan impagable servicio.